
Trabajo vivo y bitácoras de viaje: ideas para el proceso de investigación en artes y la superación de la universidad post-ilustrada

3**Territorios inexplorados: refracciones y resistencias**

Las universidades autónomas nacionales, con algunas excepciones muy valiosas pero periféricas y satelitales, no han querido o no han podido aún acometer las profundas transformaciones estructurales que se requieren. En tanto sentido de la producción del conocimiento actual así como en tanto requerimientos y necesidades socioculturales y socioeconómicas que el país espera.

Es un atraso considerable aun teniendo en cuenta importantes proyectos y planteamientos que han sido hechos, particularmente desde los años ochenta hasta hoy. Debemos reconocer con honestidad y humildad intelectual y científica, que las universidades nacionales autónomas poseen una suerte de deuda con el entorno global y local así como también, y sobre todo, consigo mismas. Una deuda social universitaria aún no cancelada que podríamos estimar en más de medio siglo cuando menos. Sobre todo, al percatarse de que en la gran mayoría de las situaciones y propuestas de transformación estructural, han sido generalmente los mismos actores responsables de la legitimación de los nuevos proyectos, los más resistentes al cambio.

Este *proceso refractario* interno e institucional a las transformaciones profundas o significativas se ha puesto en evidencia en los tres órdenes discursivos modernos de las universidades locales: la docencia, la investigación y la extensión. Como dato relevante, la misma función de extensión ha sido relegada o disminuida en sus potencialidades, cuando mucho englobada en la función cultura, quedando en un estado difuso y muy limítrofe, en un estado nominal de etiqueta de reconocimiento más que comprendida y situada institucionalmente como una función más autónoma y dotada de sus propios radios y espacios de acción.

Al mismo tiempo, y esto amerita una profunda reflexión, lo que podemos definir como *producción* no ha podido encontrar un lugar de reconocimiento y de legitimidad en el interior de la estructura universitaria que permitiría ampliar y problematizar debidamente las funciones universitarias en el contexto de un nuevo orden global y local tensionado por contradicciones que hay que aceptar y resolver a través de una praxis adecuada. Praxis entendida como la interacción de teorías y prácticas a través de acciones, reflexiones críticas y decisiones permanentes.

En este sentido, este espacio de transformación, entendido no como un simple proceso de reforma aislada por lugares o puntos de la estructura (por núcleos, por escuela, por facultad, por departamento, etc.) sino como una acción necesaria de análisis y crítica profunda de la estructura básica o fundamental de la universidad, no ha sido realizado sino a medias, en algunos momentos que han quedado aislados en la historia local, algunos olvidados intencionalmente o incluso borrados de la memoria sociocolectiva de la comunidad universitaria. El más reciente intento de transformación ocurrió a comienzos de los ochenta, bajo el impulso de Pedro Rincón Gutiérrez y un grupo de colegas que invitaron a Darcy Ribeiro pero, que lamentablemente, una vez puesto en barricada y aislado en sus efectos, llegó hasta el territorio de Ciencias (la actual Facultad Experimental de Ciencias).

La investigación como sujeto y objeto

La investigación, como sujeto y objeto de la trama académica universitaria, debe abordarse en el interior de un esquema de voluntad transformadora integral, que supere inicialmente lo local y lo particular (hacia el cual sin duda debe concurrir y reanudarse). La comúnmente aceptada modalidad de consulta por escuelas y facultades sin prefigurarse un esquema previo general no es la mejor solución, incluso a veces ha sido la peor en términos de un alcance eficaz. Es necesario configurar liderazgos suficientes y legitimables que interpreten al mismo tiempo las necesidades nacionales y que puedan a su vez articularse con los actores y agentes locales. Se trata de asumir los riesgos de una transformación real sin perderse en las excesivas reglas abstractas del prestigio.

Superar las *refracciones* y las *resistencias* internas parece sólo una cuestión de razonamientos lógicos, de retórica verbal y de marketing académico pero no es así. Este recurso generalmente no ha funcionado. La resistencia o aversión endémica de la universidad hacia una transformación real y consistente implica mucho más que un esquema de voluntades o un “cambio de opinión” de agentes localizados en puntos clave de un proceso de reforma, implica una auto comprensión de los propios límites y de la misma naturaleza del dispositivo institucional general, del andamiaje político y administrativo de la universidad. Es decir, el sentido que está predeterminado por la naturaleza y las articulaciones de sus componentes (funcionales, maquínicos, administrativos en general). Poder y saber ver la investigación no tanto como uno de los componentes o agenciamientos universitarios, sino como una actividad de transformación y como una acción en sentido amplio, vale decir como una praxis o espacio de producción de sentido y que se nos presenta, salvo en algunos aspectos, como un espacio administrativo de gestión y de control administrativo. Más precisamente de validación y de legitimación, lo cual no es un factor completamente negativo pero no suficiente.

La universidad post-ilustrada: la división insostenible entre arte-ciencia-cultura

La universidad actual (en la cual trabajamos y habitamos) construye sus discursos y acciones más cohesionadoras sobre la base de *las reglas de formación de la universidad ilustrada*. Podemos denominarla como *universidad post-ilustrada*. Un modelo muy poderoso en sus reglas de constitución y sus efectos que, a unos trescientos años de su resonancia europea y cosmopolita (recordemos aquí las recomendaciones universales de Kant), coordina las líneas de mando o agenciamientos individuales y colectivos del marco institucional.

La universidad post-ilustrada, generalmente organizada en facultades y escuelas, se dispone en un árbol de jerarquías posicionales no exento de vacíos e incongruencias, de ordenamientos que no coinciden y de funciones solapadas, de operaciones repetidas a varios niveles que, mirándolas con detenimiento, constituyen los indicadores de otras salidas posibles. Uno de los ejes o malla de ordenamiento del dispositivo (a varios niveles del gran dispositivo de la academia) es, entre otros, el *prestigio*. El prestigio y su correlato, la *distinción*, en un sentido análogo al usado por Pierre Bourdieu implica a su vez y necesariamente la organización de niveles jerárquicos, planos diferenciales verticales y escalas o “escalafones” de accesibilidad, *grados de acceso* diferenciados por tiempo y por *baremos* o listas de evaluación y control.

La división por facultades y escuelas (un código administrativo y ético procedente de la mirada cosmopolita de la sociedad ilustrada del siglo XIX europeo) requiere de mandos locales particulares, territorios de control más o menos separados funcional y administrativamente. Toda una organización discursiva y política muy bien analizada por los mismos pensadores europeos a finales de los ochenta como en el texto (muy relevante) de Jean François Lyotard sobre la postmodernidad. Un libro que, por entero, atraviesa todo el aparato de la universidad europea como ejemplo para reflexionar sobre los avatares de lo postmoderno en relación a la configuración de los juegos del saber y los diferentes agenciamientos que lo atraviesan.

La estructura universitaria, nunca completamente abierta ni cerrada sobre sí misma (esto es imposible) muestra continuamente las fisuras y grietas de una comunidad de destino que no logra construirse (en el mismo sentido de Max Weber) y que, paradójicamente en relación a sus enunciados de base, sigue sosteniéndose fundamentalmente sobre dispositivos de acción que (como el prestigio, la distinción y el ordenamiento vertical) requieren del marcaje de fronteras no permeables, de muros virtuales de contención de flujos de interacción que, casi siempre y hasta ahora, sólo aparecen como vínculos esporádicos y hacia la periferia del espacio universitario. Una *microsociología de las interacciones* en el espacio universitario está por hacerse (partiendo de los aportes de E. Goffman y otros sociólogos).

La misma división (por capa, estrato o nivel) entre cultura, arte y ciencia, es todavía más que un síntoma, una marca visible y ostensible incluso, de este tipo de posicionamiento institucional en sentido estricto.

La aplicación de una ecología de la *praxis universitaria* implica la reconfiguración de las fronteras o membranas separadoras que todavía hoy la constituyen. Es un trabajo muy arduo y hasta cierto punto agotador y que tiende a producir efectos a veces devastadores en quienes se propongan esa meta. Las razones no son solamente funcionales o de compe-

tencia profesional o técnica. Esto es lo de menos. No se trata de saber cuál es la “caja de herramientas” más adecuada y ser un experto en utilizarlas en el “momento justo”. Tiene que ver con la naturaleza misma del *dispositivo* y sus líneas de tendencia sólidamente arraigadas a nivel ideológico y de base de la institución (en el mismo sentido propuesto por Giorgio Agamben).

Un dispositivo comprende formas organizativas funcionales y administrativas, de acceso y de permanencia, de uso de espacios, reglas de uso e instructivos, agendas de control y formatos de evaluación, división de agentes y asignación de legitimidades, hasta las atribuciones otorgadas a los sujetos del conocimiento, sus cualificaciones y asignaciones en términos de autoridad y distribución programada de saberes y destrezas.

Agenciamientos creativos e intersubjetividades

¿Cómo y qué repensar, reconfigurar como investigación en el interior de este marco polémico y contractual que es la universidad post-ilustrada? ¿Cómo instaurar y hacer fluir, aunque sea en pequeñas intensidades, otras intersubjetividades y agenciamientos creativos no confinados al poder restrictivo del dispositivo actual, un dispositivo que tienda a la reproducción de sus lenguajes tanto internos como de comunicación con lo exterior?

Los procesos-productos de investigación en artes pueden ser una vía posible, siempre y cuando partan de una visión suficientemente amplia y crítica sobre el macro-dispositivo universitario. Más allá de la imagen de la “casa del saber”, de la “sociedad del conocimiento” o de la “sociedad de la información”, etiquetas que remiten todas a la versión postmoderna de la sociedad de la ilustración y sus epígonos.

No es vano intentar, proponer, programar, desde el territorio-espacio de la praxis artística (redefiniéndola siempre y ampliando los márgenes de los límites impuestos por las reglas internas del dispositivo), líneas y ejes de acción cuya meta, entre otras, sea la de generar agenciamientos de enlace entre campos separados del conocimiento, otras intersubjetividades no fundadas, por ejemplo, en la polaridad radical entre sujetos y objetos del conocimiento, en la división ya insostenible entre “ciencias blandas” y “ciencias duras” o entre lógicas del método científico y poéticas del descubrimiento.

Transformación-imaginación-revolución

La universidad se ha conformado por hacer reformas parciales, muy localizadas y cuyos efectos a mediano y largo plazo no han generado cambios sustanciales en la estructura. No se puede hablar con propiedad de una transformación y mucho menos de una revolución universitaria. Los procesos imaginativos tan necesarios para transformar y superar el núcleo duro de los dispositivos no se han generado, o cuando mucho, se han quedado a nivel de pequeños esquemas inobservados, dejados de lado. Esto no ha sido y no es un problema de actitudes personales o grupales sino una línea de tendencia estructural y de respuesta cuya función es la de *reproducir el sistema* con muy pocas alteraciones significativas. En este sentido, en términos cibernéticos, la universidad es una máquina perezosa que tiende a conservar su orden interno hasta niveles muy altos de resistencia y a reducir al

máximo todos aquellos elementos aleatorios o entrópicos que desestabilicen los engranajes fundamentales del dispositivo.

Las transformaciones reales y profundas requieren, como dice Cornelius Castoriadis, altas dosis de imaginación, una acción colectiva *imaginante* que desborde, aunque sea por un momento sustancial, el horizonte tranquilizador y “ergonómico”, maternal y protector del alma mater. Acción y asunto, que pareciera incongruente y no homologable a la universidad por todo lo anteriormente apuntado. Pero digamos que vale la pena intentarlo. No tanto como un programa institucional global. No creo que actualmente, considerando el auto-posicionamiento político y social de la universidad, esto sea realmente posible. Pero sí como una táctica, un movimiento táctico local que, si algunos factores se modifican en el tiempo, puede crear un efecto de resonancia, de perturbación en el sistema total y que, incluso a la manera de una catástrofe interna (en un sentido análogo al usado en los sistemas vivos de la biología estudiados por René Thom en los años ochenta) recolocque a la universidad en la posibilidad casi ineludible de constituirse como un actor y un actante socio-colectivo capaz de decidir efectivamente (sin las mediaciones representativas y reglas internas de consensos clientelares y pre-agenciados) sobre el paso de un dispositivo post-ilustrado a un dispositivo basado en agenciamientos realmente democráticos y flexibles, abiertos mucho más al manejo creativo de la incertidumbre y de las interacciones no basadas ya en la estratificación por una facultad de saber y de control.

Es en este escenario donde pensamos el rol de la acción de investigación tanto a un nivel de perspectiva como de prospectiva. Si, como apuntamos, es un sinsentido abordar hoy en día el tema de la investigación fuera de la trilogía arte-cultura-ciencia, es así mismo inconsistente tratar seriamente de reconfigurar en profundidad la investigación universitaria al margen de la acción imaginante. Esta acción debe darse esencialmente fuera o al margen de los marcos actuales y restringidos de la interacción aceptada y controlada, los marcos habituales del dispositivo que, paradójicamente, son invocados una y otra vez como el lugar propicio y esperado de la transformación necesaria (departamento, consejo de facultad, consejo de escuela, consejo universitario, grupos de expertos, etc.). Si esta acción imaginante y transformadora ubicada fuera del marco habitual, tal como pensamos, es necesaria a nivel de las ciencias humanas y ciencias “exactas”(una etiqueta insostenible), lo es mucho más a nivel de lo que el sentido común reconoce como investigación en el campo o espacio de las artes.

Campos relacionales: sujetos, flujos de intercambio, registros

Lo anterior puede suponer la ampliación deliberada y hasta cierto punto desinteresada del campo relacional de la investigación en el cual no deben existir posiciones jerárquicas fijadas sino roles y posiciones variables en el transcurso de las interacciones de exploración, de registro, de determinación del valor y la calidad de lo observado o lo generado.

El flujo de intercambio de las informaciones y los datos, la responsabilidad de los registros y de su puesta en valor debe ser un acto de reapropiación que respete la ecología vital de la interacción: verbal y escrita en el caso de un trabajo de campo de geografía humana o de medicina social, no verbal y gestual y plástica en el caso de una exploración creativa de un grupo de artistas visuales o vinculados a las artes escénicas.

Hay que promover y activar procesos de interacción con la gente, con las comunidades y con grupos de personas considerándolos como participantes activos y esenciales de ese proceso imaginante que puede contener (en variadas formas de comunicación) elementos sustanciales y más eficaces para la transformación del sentido de las investigaciones de la academia post-ilustrada.

En este sentido es necesario, tal como han señalado varios epistemólogos contemporáneos (como en el caso de Funtowicz y Ravetz) ampliar lo que denominamos como “campo de los expertos” en relación a un tema de investigación. Estos investigadores proponen la denominación de *ciencia post-normal*. La gente común, las personas que integran las comunidades, debe formar parte sustancial de los procesos de investigación. No solo en el campo del arte y la cultura (cuyas fronteras son muy permeables y borrosas) sino en todas las “disciplinas”: una etiqueta que conserva el significado original del orden de segmentación de las academias y universidades europeas que fundaron el *orden disciplinar* de la modernidad ya a mediados del siglo XVII y que aún reclaman, a pesar de las flexibilidades que les impone la nueva economía global, el antiguo orden de los saberes.

Debe ser un juego de *registros compartidos*, *bitácoras* con indicadores y *marcas de ruta* variables en el tiempo de la *exploración*, una puesta al margen de toda exclusión disciplinaria normativa y de autocensura: ¿Qué sentido tiene obviar la vegetación, el color de la atmósfera, el habla local, el vestuario y la toponimia de una comunidad y registrar solamente un álbum de fotografías? Intensificar por tanto, la acción de investigación socio-comunitaria. No tiene valor epistemológico o social la actual y absurda separación entre servicio comunitario y actividad de investigación. A lo sumo es una evidencia de una decisión política interna ajena a la consistencia de metodologías que puedan ser muy eficaces en cuanto referidas a la misión social de la universidad y la cobertura aún aplazada de su deuda social. La investigación no es un departamento, una coordinación o una unidad. En realidad no es sólo eso. Tampoco puede reducirse institucionalmente a estadísticas e índices de productividad internacional los cuales, reconociendo sin duda la calidad y la inteligencia que suponen, están ligados a un imaginario de post-colonización internacional que vuelve a redundar en el espacio académico del prestigio y la distinción. Ampliar el espacio de expertos, recuperar al máximo el principio de *humildad científica*, dejar a un lado toda sombra de “servicio a la comunidad” o de *filantropía postmoderna* y asumir creativamente los riesgos de nuevas rutas y bitácoras compartidas, interacciones no programadas, un balance entre el rigor y la calidad del trabajo y de las escalas de valor sociocomunitario. Paulo Freire e Iván Illich pero también ese personaje a veces extraño y extravagante como Simón Rodríguez nos acompañarían en estas rutas.

Ritmos: tiempos, cadencias, sujetos

Podemos desde las artes y la cultura, como praxis de la acción imaginante (como movimiento incesante y superador del binomio teoría-práctica) invitar a un ritmo y una cadencia de ciclos o módulos. No solamente aplicables a la investigación en artes sino a otras praxis del conocimiento. Lo que sigue es una reinterpretación de la forma de trabajo de un *laboratorio de investigación-acción-participación* en el desplazamiento sobre un territorio y a través de ciertas rutas organizado por Javier Gil y las experiencias de *agenciamientos*

creativos en los cuales tuve la oportunidad de participar como investigador entre el 2004 y el 2005 (Universidad Nacional de Colombia y Ministerio de la Cultura):

- Un **primer ciclo** de la exploración se centra en las pulsiones y los deseos como fuentes del proceso creativo. Una exploración abierta y sensible del territorio. Se trazan rutas. Principales o ramificadas. Se exploran y en esos trayectos reales e imaginados los sujetos se reconocen en la trama de sus vivencias, aconteceres y haceres. Se requiere de un campo de *intersubjetividad más allá de la institución como tal*. Se indaga el territorio y se problematiza la noción de identidad y de pertenencia al tener contacto con contextos específicos, formas de vida, ritmos cotidianos y el surgir de acontecimientos novedosos. Los registros, en forma de bitácoras de textos, imágenes, objetos, conforman progresivamente un *croquis de los desplazamientos personales* y el acercamiento a un itinerario único y casi irreplicable de actos creadores fundados en la posibilidad de la comunicación grupal. Pequeñas arqueologías y etnografías donde se cruza la pregunta sobre la propia identidad del investigador y la posibilidad de nuevos agenciamientos colectivos que, a través de su participación activa en el proceso, consoliden, amplíen o reflexionen sobre su potencialidad y capacidad como hacedores, cultores, productores de objetos o acontecimientos del arte.
- Un **segundo ciclo** en el cual se definen y se clarifican las cartografías de trabajo, el valor de los materiales encontrados, el sentido de la precariedad, de la escasez y de la abundancia. La posibilidad de las transformaciones de valor sin hacer uso de tácticas de “valor agregado” típicas del marketing y del *design* corporativo global. En este ciclo se calibra sensitivamente el valor y alcance (siempre obviado o borroso) del *trabajo vivo* y la potencia del *cuerpo-en-vida*, tal como es entendido en los *Grundrisse* de Marx y en las redefiniciones de la socioantropología actual de E. Barba, Víctor Fuenmayor y David Le Breton. En esta fase se desarrollan también improvisaciones y juegos creativos que involucren a los otros. El azar y la incertidumbre deben formar parte del proceso y ser un componente esencial de interacción entre los elementos que han sido cartografiados: alteraciones deliberadas, operaciones de recomposición, ruptura de simetrías y jerarquías, rearticulaciones.
- El **tercer ciclo** se basa en el ejercicio casi exclusivo de la *acción imaginante*. La imaginación trabaja entre la memoria y los sentidos, haciendo posible la transformación de las materias y formas cartografiadas a través de combinaciones y permutaciones al establecer nexos analógicos y vivos con el entorno y la gente que habita en esos espacios. No se recurre aquí a juicios de valor o axiologías sino que se suspenden para dar paso a asociaciones creativas y libres, una fluidez necesaria para el proceso tratando de producir series por semejanza, aleatoriedad, recomposición, en forma de constelaciones y series no ordenadas linealmente o jerárquicamente.
- El **cuarto ciclo** comprende la *acción crítica y reflexiva*, abierta al otro y a la comunidad, para la *construcción del sentido* bajo la forma de un agenciamiento colectivo. Se pone entre paréntesis el lugar del autor, del creador individual, del genio personal. Se manejan las paradojas, los aparentes contrasentidos, lo que es aparentemente obvio y normal pero que, *entre sus pliegues*, ofrece lo inesperado y lo extraordinario. Se discute sobre la obra de arte, su legitimidad, su valor social como objeto y experiencia perceptiva y

de conocimiento, sus articulaciones con la vida cultural y la vida cotidiana, se traza el horizonte posible de una reubicación social de lo que reconocemos como “obra de arte” en la red de otras relaciones fuera de las asignadas por la institución académica y por los dispositivos dominantes de legitimación. Se exploran y se localizan *las marcas y huellas* que puedan hacer *vínculo y lazo social*, generar energía social y entornos de participación colectiva e identitaria. Este ciclo puede alcanzar *la esfera de lo convivial, la celebración social y de los sentidos* e incluso, el objeto de la investigación puede transformarse en una *experiencia* que, partiendo de lo cartográfico y de la exploración no invasiva y basada en la otredad, no concluya en la producción de objetos como.

El acontecimiento como estructura de lo viviente

Los procesos de investigación en artes deberían estar cruzados por la figura del *acontecimiento*. Muy cerca de lo que en la filosofía se ha entendido como el devenir. Aquello que *de-viene*, aquellos múltiples actos como *experiencias de lo singular* que aparecen ante el sujeto como *aperturas del ser* sin tener de antemano un sentido definido y codificado. El *acontecer* sólo es plenamente acontecer cuando se genera en relación a aquello que se me aparece en acto como una aparición inesperada pero deseada, desprovista en principio de un anclaje como tal.

Es un movimiento productivo y generador que parte de aquello que tengo delante de mí como la *huella* y la traza de un acontecimiento singular, humano, pleno de sentidos posibles aún no codificados. El acontecimiento, cuando es tal, es a la vez llamada y reclamo de una presencia singular-personal en el *aquí-ahora-nosotros* y apertura a un campo de posibles significados arraigados en la relevancia del contacto, del lazo y del *vínculo* humano y social (en un sentido bifronte en relación tanto a Jaques Derrida como a Gregory Bateson).

El acontecimiento es el *acontecer de lo imposible pero esperado, deseado*. Antes de ser propiamente un acto (una acción con sentido), es aquello que adviene coincide con el devenir mismo de todo lo que acontece. La visión de un *por-venir*. En los trayectos de bitácoras y trayectorias semi-programadas de los agenciamientos colectivos e individuales de los investigadores se producen varias situaciones-experiencias como símiles del acontecimiento: *los actos de dones y de intercambios que fortalecen lazos y vínculos sociales, los convivios dotados de expresiones libres y sorprendidas, los intercambios de saberes y de haceres desligados del valor de cambio, las formas y figuras de la hospitalidad, los juegos compartidos que des-estructuran y recomponen los códigos muy solidificados y que han perdido o borrado su capacidad de generar información vital para los individuos y las comunidades*. En estas tramas de la vida se inserta y genera la posibilidad del acontecimiento como uno de los aspectos más relevantes de la calidad misma del proceso de investigación en artes y en ciencias humanas.

El trabajo vivo: procesos más que productos

En este momento se aclara que el valor se centra en el proceso más que en el producto, en registros incluso de *experiencias efímeras* que pudiendo ser registradas y analizadas ya no poseen la vitalidad y la energía de su producirse en un *aquí-ahora* de la producción.

Sin duda, y refiriéndose a las múltiples formas y prácticas del arte, casi siempre la investigación como *acción de producción y circulación*, “concluye” en productos intermedios, finales. Pero lo esencial, siguiendo esa metáfora del trabajo vivo, del cuerpo que acciona en un *agenciamiento colectivo de intereses y motivaciones compartidas y negociadas*, es el registro y la bitácora de los procesos.

Esto requiere del cuidado de las formas de registro y de su reconocimiento. ¿Por quién? ¿Quién legitima y autentifica que los registros, las formas de archivo, las metodologías y los resultados son adecuados y correctos? ¿Solamente las instancias de control de pares internos a la universidad? He aquí un punto clave. Neurálgico y político. La ampliación de consensos y del campo de “evaluadores” hacia la comunidad, hacia la gente es algo necesario y urgente. No es cualquier cosa y de eso hemos venido hablando y diseminando las trazas de un encuentro aplazado, demasiado aplazado o silenciosamente convenido por el dispositivo mismo que se ocupa insistentemente en mantener y reproducirse.

Es probable que los artistas, los hacedores de cultura, las personas entrenadas en aquello que denominamos y reconocemos como *praxis del arte*, nos ofrezcan en su hacer reflexivo y sensitivo, procesos y métodos, tácticas y pequeños movimientos de juegos de valor que despierten (de nuevo como en los tiempos de la filosofía natural) el interés hacia una mayor y más intensa *interconexión y deslimitación de fronteras y territorios* muy acotados. Una necesaria actitud y voluntad capaz de ir más allá del reino de las facultades y de las escuelas, generando combinaciones e integraciones más consistentes con lo epistemológico y con los urgentes problemas de una ecología tanto ambiental como psíquica y mental.

Referencias Bibliográficas

- Agamben, Giorgio. (2006). *Che cos é un dispositivo*. Roma: Nottetempo.
- Bateson, Gregory. (1993). *Una unidad sagrada*. Barcelona: Gedisa.
- Bourriard, Nicolás. (2009). *Radicante*. Buenos Aires: Hidalgo Editores.
- Derrida, Jacques. (1999). *On the gift*, Indiana Press, Bloomington.
- Deleuze, Gilles. (2010). *Lógica del sentido*. Barcelona: Paidós.
- Di Martino, Carmine. (2011). *Figuras del acontecimiento*. Buenos Aires: Biblos.
- Foucault, Michel. (2012). *El nacimiento de la biopolítica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Freyre, Paulo. (2008). *La pedagogía del oprimido*. México: Siglo XXI.
- Fuenmayor, Víctor. (2010). *Corporalidad, semiosis, memoria*. Maracaibo: Editorial de la Universidad del Zulia.
- Funtowicz, Silvio y Ravetz, Jerome. (2000). *La ciencia postnormal*. Barcelona: Icaria.
- Gil, Juan. (2006). *Agenciamientos creativos*. Bogotá: Ministerio de la cultura.
- Goffman, Erwin. (1991). *Les cadres de l'expérience*. París: Minuit.
- Illich, Ivan. (1973). *La convivencialidad*. Barcelona: Seix Barral.
- Le Breton, David. (2002). *Antropología del cuerpo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Mangieri, Rocco. (2013). *Interdiscipline et arts vivants*. París: Sant Honoré.
- Marx, Carl. (1978). *Grundrisse: manuscritos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ribeiro, Darcy. (2006). *La universidad nueva, un proyecto*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.